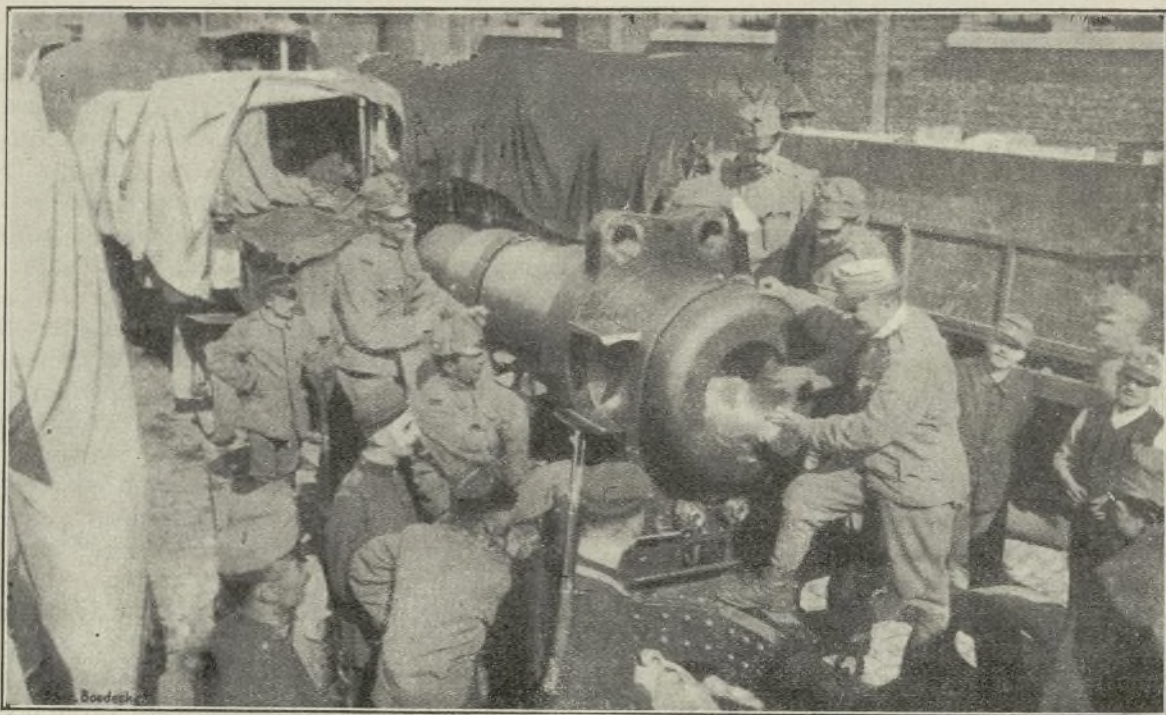


LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 28.—BARCELONA 7 DE ENERO DE 1915



Mortero automóvil de 32,5 centímetros del ejército austriaco, empleado en el ataque de las plazas belgas y francesas

LO QUE SE PIENSA EN PEKÍN SOBRE LA GUERRA

Aunque por ahora no está China en el caso de intervenir de un modo eficaz en la política internacional, su modo de pensar y sus inclinaciones tienen indudable importancia, así como la actitud que tome cuando estalle el inevitable conflicto entre Japón y los Estados Unidos, o vuelvan a agriarse en plazo más o menos remoto las relaciones ruso-japonesas. Estas complicaciones no se presentarán hasta dentro de unos años, según todas las probabilidades, pero es claro que las potencias interesadas no descuidan el punto de vista y la posición en que se va colocando la China. Recientemente ha sido conocido uno de los artículos periodísticos de aquella prensa que causaron más sensación en Pekín, escrito con motivo del sitio de Tsing-tau por los ejércitos aliados japoneses y británico. Lo publicó el periódico *Peisching Jih Pao* (las noticias diarias de Pekín), y su traducción ha aparecido en la prensa inglesa, muy interesada en el asunto. Los párrafos principales del expresado artículo dicen lo que sigue:

«Un ejército anglo-japonés está bombardeando Tsing-tau y el pánico se ha extendido sobre parte de la provincia de Shang-tung. Ciudades muy alejadas del territorio atacado están expuestas a la anomalía y apenas hay una casa que goce de sosiego. El ministro de Negocios Extranjeros ha protestado, el Consejo de Estado ha interpelado al Presidente, y la prensa se agita. La nación se da perfecta cuenta de la desgracia de nuestros compatriotas y siente fie-

ro resentimiento por la injusticia. No hay que dudar que el Gobierno, más tarde o más temprano, obrará de modo que aquellas injusticias no queden sin reparación. La guerra en Europa no tiene nada que ver con el Extremo Oriente, y sin embargo ciertas Potencias la han trasportado salvajemente al territorio chino.

»¿Querrá la Gran Bretaña explicarnos los motivos que ha tenido para infligir sobre nosotros el castigo de la guerra? Japón alega la alianza con Inglaterra como excusa de su ataque a Tsing-tau. Japón se precia de ser la Inglaterra del Oriente. Las tropas británicas marchan con las japonesas contra Tsing-tau; si esta plaza cae, los ingleses serán los responsables; si los japoneses cometen desmanes, ultrajan y atacan a nuestras mujeres, los responsables serán los ingleses. El espíritu anti-alemán de los japoneses ha sido inspirado por la Gran Bretaña; ésta y no aquel es el culpable. Porque Inglaterra odia a Alemania, se ha visto China envuelta en el conflicto. Nuestras pérdidas han de ser reparadas por Bretaña y no por Japón; contamos con que Bretaña lo pague todo después de la guerra. Si Alemania y Austria vencen, los aliados tendrán que pagarnos directamente, mientras que si son ellos los que ganan, Alemania y Austria habrán de pagarles una indemnización, y nuestra compensación ha de ser aparte de ésta.

»¿Quién podría haber creído en la posibilidad de que Inglaterra, que siempre se ha jactado de ser el

zapador de la civilización, cometería una atrocidad por la cual se hundiese en el salvajismo una nación, y que un pueblo semibárbaro se apresurara a apoyarla? El hecho salvaje es ya tan notorio, que no puede mantenerse oculto. Si Inglaterra no satisface una indemnización a China, merecerá ser borrada de los pueblos civilizados y carecerá de derecho para reprochar a Alemania la violación de la neutralidad de Bélgica. Si, además, Alemania resulta inocente de este acto, Bélgica tendrá que hacer responsable a Inglaterra por su desaparición del mapa del mundo. No ha de reprochar a Alemania por la destrucción de su pueblo, sino a Inglaterra, que proclamó falsamente que era la campeona de los Estados neutrales. Ha sido la Gran Bretaña la causante de que Bélgica jugara su suerte a una sola carta, y es Bretaña la que debe reparar sus pérdidas. Reflexione la Gran Bretaña y comprenda que debe una grande indemnización a China, de la misma manera que habrá de abonar una fuerte suma a Bélgica.

«Nuestra neutralidad ha sido infringida, pero no lo toleraremos en silencio. Nuestro territorio ha sido saqueado, pero no lo admitimos sin protesta. El incendio se ha propagado y se extienden las llamas, pero nuestra raza no doblará la rodilla. Se nos oprime, pero algún día se nos pagará la deuda. Solamente por la energía y la resolución podremos hacer frente a la ambición de despreocupados invasores; solamente manteniéndonos serenos y firmes podremos rechazar los bastardos designios de los salvajes bandidos. Si demostramos timidez, nuestro Gobierno tendrá que realizar una labor más difícil, y no sólo el opresor no nos indemnizará, sino que cada vez avanzará en nuestro territorio y tenderá a reducirnos a la esclavitud. No seáis arrogantes. Gran Bretaña y Japón son indudablemente truculentos y crueles, pero China no es el objeto de su odio. Abstengámonos de actos de hostilidad y no seremos víctimas de los demás. La violación de nuestra neutralidad es obra de una barbarie indisciplinada y repulsiva; las dos naciones que la han perpetrado no tienen nada que reprochar a China para justificarse; su conducta es innata. Proclamamos sus atrocidades y rapiñas ante el mundo, con la esperanza de que la voz de la conciencia despierte sus remordimientos o que el tribunal de la humanidad les incite a esconderse avergonzados y lejos de la luz. Si, llevados por el furor, quisiéramos vengar nuestros agravios sobre los culpables, la Gran Bretaña y Japón tendrían los postres que merecen; pero el resultado sería incierto, y daría una excusa a quienes la andan buscando para justificarse».

Las Noticias diarias de Pekín, es el periódico de más circulación de la capital.

LAS VICTORIAS DE HINDENBURG EN POLONIA

Al retirarse los ejércitos alemanes del E. sobre la línea del Warta, bajo la presión amenazadora que desde Novo Georgiewsk hicieron los ejércitos del gran duque Nicolás, fué muy general y lógica la suposición de que en aquel teatro oriental quedaba ya inaugurada y establecida la guerra de posiciones que, como recurso impuesto por las circunstancias y nunca como medio el más eficaz y como sistema único e infalible para terminar rápida y decisiva-

mente una lucha entre grandes pueblos, hemos visto adoptar, durante meses, en Flandes y Francia.

El genio de Hindenburg, que centelleó con vivacidad deslumbradora en Tannenberg, no podía acomodarse a una pasividad infructuosa. Inferior en muchos centenares de miles de hombres a su colosal adversario, reunió en la orilla izquierda del Warta cuantas fuerzas había disponibles en el interior de Alemania y en los frentes del O., y sacando partido de la tupida y bien estudiada red ferroviaria de las provincias de Posen y Silesia, desplegó sus ejércitos en armonía con la grandiosa idea que había concebido, y estrechando más el contacto e interpolando sus tropas con los ejércitos austro-húngaros, para que fuera más íntima la cohesión, organizó un conjunto de fuerzas que, dóciles a su mando, había de desarrollar enérgicamente la ofensiva redentora.

Magnífica fué la atrevida maniobra del ataque de flanco desde Torn a Kutno que paralizó al S. y O. la ofensiva rusa, y aunque la situación a últimos de noviembre ofreció peligros gravísimos por haber logrado los rusos conversar al noroeste y arrojar sobre Lodz enormes e intactas reservas que desbordaron el ala ofensiva de Hindenburg, surgió entonces en todo su esplendor la utilización técnica de la línea interior, con el fin de llevar refuerzos que permitieron a las tropas alemanas poner un dique al O. de Lowicz, al O. de Lodz y en Petrokow a las oleadas gigantescas de las masas moscovitas.

Inútilmente llamaron los rusos desde Czenstochau fuerzas de las que luchaban por penetrar en la Silesia; en vano hicieron acudir cuerpos desde Mlawa y Varsovia sobre el Bsura; estériles fueron sus esfuerzos sobre Cracovia y sobre el boquete de Beskiden para tomar de flanco el ala austriaca. Todo estaba previsto, y en todas partes encontraron los rusos resistencia imposible de superar, porque la regla estratégica elemental de concentrar fuerzas en el punto decisivo no podía olvidarla Hindenburg, y fieles a las directivas del mando, los austriacos reunieron de todas partes, incluso del teatro secundario de Serbia, las fuerzas que habían de cooperar en la acción principal.

Y así ha ocurrido que en los comienzos de diciembre, cuando la tenaza austro-alemana se bosquejaba con claridad al pie de los Cárpatos y en la confluencia del Bsura con el Vístula, cuando en las inmediaciones de Petrokow aparecía un hueco entre los ejércitos rusos del centro, y cuando el número de bajas y las pérdidas de material iban en aumento de un modo alarmante, el gran duque generalísimo ordenó la retirada en las siguientes direcciones: desde el Bsura y Lowicz sobre Varsovia; desde Brzeziny a Skierniowice; los de la región de Lodz a Rawa y Tomaszow; de Petrokow y Novo Radomsk a Konsk y Radow; de Czentochau y Wolbron a Kielce y Opatow, y en Galizia por Tarnow y Rzeszow.

Esta retirada, que no es la espontánea, la determinada por incidentes estratégicos, como las del Marne al Aisne y del Vístula al Warta, sino la impuesta por el enemigo en los campos de batalla, se está efectuando con un orden que honra a las tropas rusas y a su alta dirección, a pesar de que el estado de las vías de comunicación sea muy poco favorable a la firmeza y buen régimen de esta difícilísima operación.

¿Continuarán los rusos de posición en posición su retirada al Vístula, o reaccionarán ofensivamente antes de llegar a aquel gran foso natural? Con las unidades desorganizadas, escaseando el material y las municiones, con el servicio de abastecimiento perturbado, y sobre todo con la depresión moral inevitable en todo fracaso, es muy probable que los ejércitos de Hindenburg se adueñen pronto de la orilla izquierda del Vístula, y aunque nadie dudará de que la reserva de hombres es inagotable en el ejército ruso, han de transcurrir algunos meses antes de que vuelva a acentuarse una ofensiva tan formidable como la que acaba de anular Hindenburg.

Preside una mala estrella en los planes de operaciones de los rusos, y siempre la falta de perseverancia en una idea primordial les ocasiona reveses trascendentales. Es seguro que el acuerdo de los Estados Mayores de los ejércitos aliados señalaría a Rusia la ofensiva decidida y enérgica contra Alemania con el mayor número de fuerzas, porque realmente una incursión de grandes masas sobre Berlín facilitaría el avance de los ejércitos anglo-franceses, paralizados en las trincheras de Flandes y Francia.

Pero el Estado Mayor ruso creyó que desembarazándose antes del ejército austriaco, que comenzaba ya la invasión de Polonia, podría anonadar con mayor facilidad las escasas fuerzas que defendían la Prusia oriental, y cometió así el primer error, porque el ejército austro-húngaro, animado del espíritu que ha vivificado y cubierto de gloria a tantas generaciones, con una organización completísima y un material modelo de perfecciones, demostró en su victoria ofensiva hasta Lublin y Zamosc que sabía y podía luchar contra la desmesurada superioridad moscovita. Entonces pensaron los rusos en desarrollar fielmente el plan de los Estados Mayores aliados, lanzando tres grandes ejércitos y sus cuerpos de caballería sobre las dos provincias de Prusia oriental y occidental, produciéndose la catástrofe de Tannenberg que obligó a nueva reorganización de fuerzas y a nuevo plan, con exigencia de mayores esfuerzos, porque mayor era ya la preparación y fuerza de los ejércitos austro-alemanes que se aproximaban hasta llegar al Vístula.

De muy diferente manera obró la alta dirección de los dos ejércitos austro-alemanes. Educado Hindenburg en la escuela del gran Moltke y auxiliado por una oficialidad en la que predomina, sin reservas ni distingos de ninguna especie, la unidad de doctrina, había de adoptar y seguir hasta el fin con inquebrantable voluntad, aunque acomodándose a variables circunstancias, el plan de oponerse a la invasión enemiga, supliendo las desventajas del número con los recursos de la ciencia militar y con el espíritu de audacia y el valor de la propia responsabilidad que resplandecen en el ejército alemán como en ningún otro del mundo, logrando de esta manera que en los momentos solemnes en los cuales la victoria parece inclinarse fatalmente del lado del adversario se produzcan las crisis salvadoras, como la actual de Polonia.

El repliegue metódico y ordenado desde el Vístula al Warta y las batallas estratégicas de Lodz, son una obra monumental de arte de la guerra que servirá de estudio y de modelo a las generaciones venideras.

MARQUÉS DE ZAYAS
Teniente Coronel de Estado Mayor

LA ACCIÓN COMBINADA DE LOS RUSOS Y DE LOS FRANCO-INGLESES

El penúltimo apartado del parte del mariscal French es muy interesante, y dice así:

«Examinando la situación general de los aliados tal como me la represento en el momento presente, se comprende con claridad que las operaciones en que hemos estado empeñados abrazan casi todo el continente de Europa, de Este a Oeste. Los ejércitos combinados francés, belga y británico en el O. y el ruso en el E. se oponen a las fuerzas unidas de Alemania y Austria, que obran como un ejército combinado entre ambos.

»Nuestros enemigos resolvieron al principio de la guerra arrojar el peso de sus fuerzas en el O., y destacar una masa relativamente débil, compuesta de pocas tropas de primera línea y varios cuerpos de segunda y tercera línea, para contener el avance ruso hasta que las fuerzas del oeste fueran completamente derrotadas y aplastadas.

»Su fuerza les permitió arrojar al principio fuerzas muy superiores contra las nuestras en el O. Esto nos impidió tomar una vigorosa ofensiva, excepto cuando los errores y equivocaciones en los cálculos de sus comandantes nos dieron ocasiones favorables para un ataque útil y la persecución consiguiente.

»La batalla del Marne fué un ejemplo de esto, como también nuestro avance desde Saint Omer y Hazebrouk hasta la línea del Lys al principio de esta batalla. El papel que nuestros ejércitos han desempeñado ha consistido en ocupar fuertes posiciones defensivas, manteniendo el terreno ganado e invitando al enemigo al ataque; rechazar estos ataques, causando duras pérdidas al enemigo en su retirada; y siguiéndole con poderosos y fructuosos contraataques para completar su derrota.

»El valor y la significación del papel desempeñado desde el principio de las hostilidades por las fuerzas aliadas en el O. resalta en el hecho de que, en el momento de que las provincias orientales de Alemania están en inminente peligro de ser dominadas por los numerosos y poderosos ejércitos de Rusia, casi todo el ejército activo de Alemania está fijo en una línea de trincheras que se extiende desde la fortaleza de Verdun, sobre la frontera de Alsacia, hasta el mar en Nieuport, al E. de Dunquerque, donde el adversario está en jaque, muy debilitado en número y con la moral abatida por la útil acción de nuestras tropas en el O.»

No se necesita ser adivino para advertir que los párrafos anteriores no los ha escrito el general French, sino que han sido agregados al parte por el Ministerio de la Guerra. La demostración es la siguiente:

Primero: al apartado copiado precede inmediatamente otro en que se elogia el comportamiento de los ciclistas y señaladores, y un párrafo en que se manifiesta la creencia de que la batalla de Ipres-Armentières toca a su fin; y le sigue otro apartado en que se elogia a la artillería, a los ingenieros y a varios generales; como se ve, no es lógico que el mariscal intercalara en el capítulo de elogios un alegato sobre la fuerza de Rusia y la situación apurada de las provincias alemanas del E.;

Segundo: se afirma que la batalla del Marne fué un ataque espontáneo y un éxito brillante de lo



Tren de puentes alemán en marcha

aliados, cuando el mismo general French, en el parte anterior, que se ha publicado en estas columnas, bien claro dijo que los alemanes se habían retirado espontáneamente; no es de suponer que el comandante de un ejército se contradiga hasta tal punto, y se exponga a quedar en ridículo;

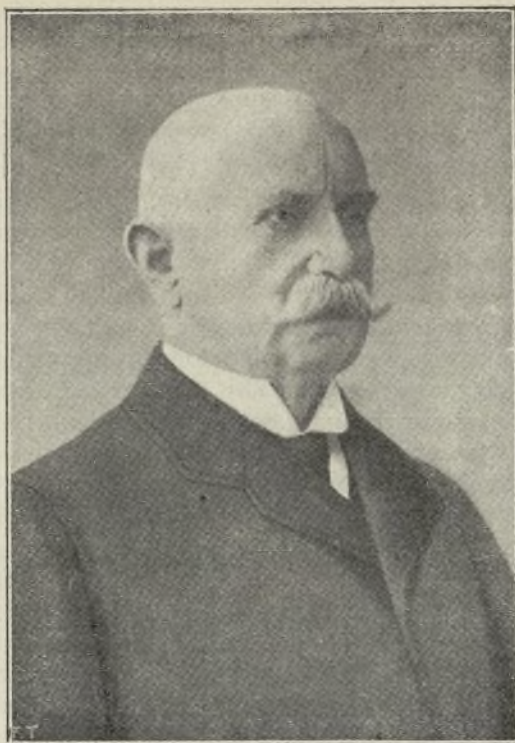
Tercera: el avance desde Saint Omer y Hazebrouk es una farsa que no pudo ocurrírsele al mariscal, y si se le hubiera ocurrido lo habría dicho en el parte; donde no pone una palabra acerca de este pretendido avance; y es una farsa, porque adelantar en una región que el enemigo no ocupa no ha sido ventaja jamás, y equivaldría a que los franceses nos presentaran como victoria la marcha de uno de sus ejércitos desde Burdeos a Orleáns;

Cuarto: No parece admisible que un general que se encuentra frente a un enemigo temible, se entretenga en hacer cálculos sobre la acción del ejército ruso a millares de kilómetros de distancia, y además incurra en la puerilidad de decir que los moskovitas están a punto de entrar en el corazón de Alemania, en los momentos mismos en que eran espantosamente derrotados; bastante tiene que hacer un comandante en jefe con lo que atañe a sus tropas, para que dedique su mentalidad a ocuparse en lo que no han hecho las demás;

Quinto: Es temerario afirmar que casi todo el ejército activo alemán se encuentra frente al ejército anglo-francés; más exacto sería decir que lo ignora; de todos modos, la afirmación habrá sentado deplo-



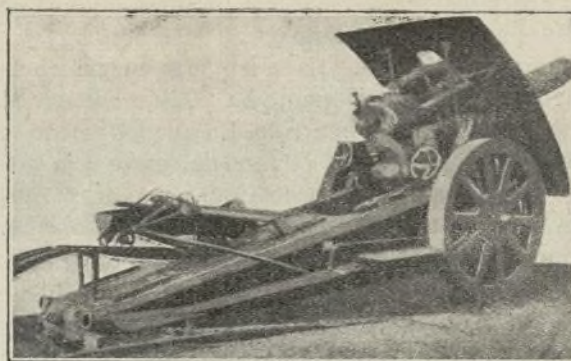
El gran duque Nicolás, con su cuartel general, observando el desarrollo de la batalla al O. de Ivangorod



El conde de Zeppelin

rablemente en Rusia, porque equivale a decir que la flor y la masa mayor de las tropas rusas han sido derrotadas por despreciables cuerpos, de escaso efectivo, de segunda y tercera línea de los alemanes.

Si las patrañas y enormidades que dicen ciertos periódicos no merecen la pena de una refutación, porque lo mejor que debe hacerse con tales infundios es no leerlos para que los inventores no nos

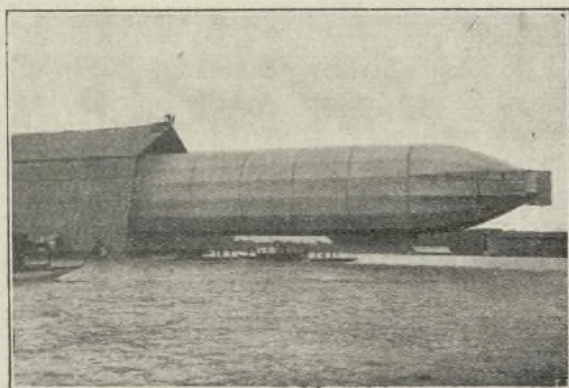


Mortero de 28 centímetros sistema Ehrhardt

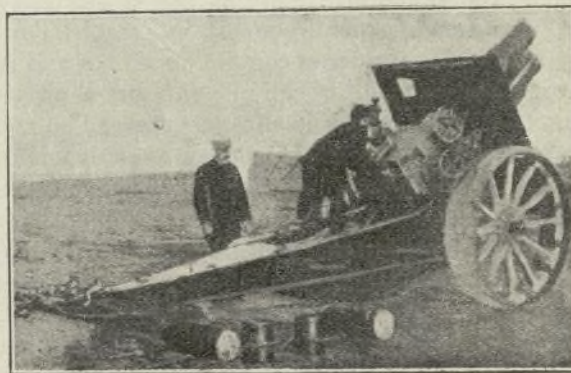


Obús ruso de 12 centímetros

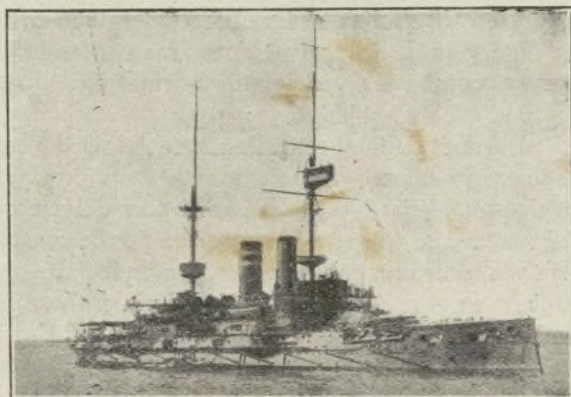
crean tontos, no acontece lo mismo con un documento que lleva al pie la firma del general French; este mariscal, aunque en su primer parte trató de quitar importancia a la derrota de sus tropas en Mons y San Quintín y Maubeuge, y ahora pasa poco menos que en silencio los fracasos de sus ataques y la pérdida de varias posiciones, ha demostrado no obstante cierta imparcialidad y una marcada tendencia



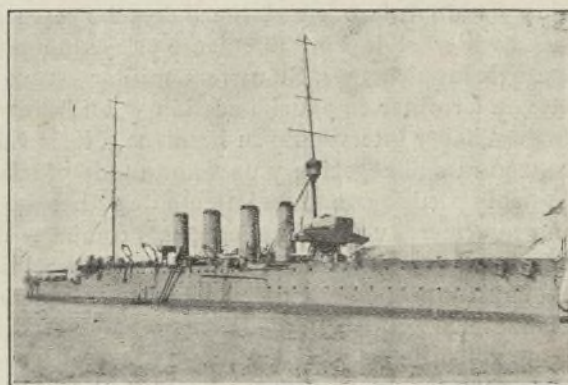
Un zeppelin en el momento de salir del hangar en el lago de Constanza



Obús francés de 21 centímetros



El acorazado inglés «Bullwark», echado a pique en el Támesis a consecuencia de una explosión interior



El crucero acorazado australiano «Sydney», que echó a pique al crucero alemán «Emden»

a no apartarse de la verdad; y un hombre que se conduce así, y con ello honra a su nación, no merece ciertamente que en su país se le ponga en evidencia haciéndole decir cosas que no ha podido escribir ni ciertamente se le han ocurrido. Lo que ha pasado se reduce a lo siguiente: la lectura del parte deja mal sabor de boca a los ingleses: se anuncian propósitos de avance y el avance no aparece por ningún lado, sino todo lo contrario; se callan todas las retiradas y pérdidas de posiciones, dedicando tres o cuatro líneas a un período de veinte días de noviembre (seguramente en el parte original está todo, lo favorable y lo adverso, pero el Gobierno ha omitido lo segundo), y se repite con monotonía abrumadora que los alemanes han tenido pérdidas muy grandes, sin que el número de prisioneros llegue a mil, mientras que por lo menos todo un regimiento británico cayó en manos de los alemanes, según confiesa el mismo mariscal; se deja adivinar el fracaso de las tropas indias..., y para que el buen britano no tuerza el gesto al acabar la lectura, se ha intercalado en el sitio menos indicado un trozo de artículo de periódico, faltándose a las consideraciones que merece una persona tan respetable y seria como el mariscal inglés.

Conste todo lo anterior, porque ya va siendo hora de que no nos limitemos a leer, sino que *sepamos* leer.

SUBRIO ESCÁPULA.

EL GENERAL PAU

Tomamos de un periódico alemán la siguiente semblanza del general francés Pau:

«El general Pablo María César Gerardo Pau, nació en Montelimar en 1848, y es hoy el más popular y más amado general que hay en Francia. Todos los partidos le consideran como uno de los más capaces y bravos caudillos con que se honra el ejército francés. A pesar de sus 66 años, el general Pau continúa siendo un excelente jinete y un infatigable trabajador. Cuando se mira a este personaje, con su bigote a lo Enrique IV y sus ojos grises, serenos y firmes, se advierte que lleva el sable al lado derecho, que su brazo derecho permanece caído y la mano del mismo costado aparece metida en el bolsillo. De la misma manera que el general Caffarelli perdió su pierna derecha en Egipto, el brazo derecho del general Pau quedó hace años en país enemigo. En su juventud perteneció al ejército del duque de Magenta, y con él se encontró en la batalla de Woerth, siendo herido de un balazo en el brazo derecho cerca de Froeschwiller el joven subteniente y cayendo prisionero de los alemanes. Su carrera militar estuvo a punto de terminar en aquella ocasión, y así hubiera sido a no haber intervenido su hermana, María Edmée, con rara abnegación y un valor a toda prueba. Ella había partido con el regimiento de su hermano como enfermera, y desde los primeros combates de Wisenburg y de Woerth desplegó su gran capacidad en el cuidado y el consuelo de los heridos, y no contentándose con ésto, durante la batalla estuvo sacando fotografías de los soldados muertos, con el propósito de entregar este piadoso recuerdo a las familias de los caídos en el campo del honor. Al enterarse de la suerte que había cabido a su hermano se puso en

camino a pie y desafiando los mayores peligros, hasta llegar a las líneas de etapas de los alemanes; fué de hospital en hospital, preguntando siempre, y por fin tuvo la dicha de estrechar al herido entre sus brazos. No le arredraron los obstáculos que se le presentaron y consiguió ser recibida por Bismarck, a quien pidió la libertad del prisionero, a pesar de que éste le había manifestado resueltamente que se negaría a empeñar su palabra de honor de no volver a hacer armas en aquella guerra. Tanto suplicó María, que llegó a conmover al canciller de hierro, quien finalmente accedió a que Pablo fuera canjeado por otro oficial prusiano prisionero. Felices regresaron los dos al hogar materno, donde María siguió cuidando a su hermano hasta que estuvo restablecido; no tardó el joven en volver a campaña, porque, decía, «mientras me quede la cabeza y un brazo debo servir a Francia.»

»Pau obtuvo la cruz de la legión de honor y fué promovido a primer teniente, ascendiendo poco después a capitán, incorporándose al ejército de Bourbaki. María Edmée quedó con su madre en Nancy, pero como pronto carecieran de noticias del joven, no vaciló en trasladarse de nuevo al teatro de la guerra. Llegó a las líneas del ejército del general Werder, en el Jura, y allí se le dijo que su hermano había caído en uno de los últimos combates y hasta se llegó a mostrarle el féretro en que reposaba el cadáver. Las emociones, el disgusto, las privaciones y la agitación de tantos días, quebrantaron profundamente su salud y tuvo que ingresar en un hospital; tres días después de ser trasladada a Nancy entregaba al Creador su alma generosa. Siguiendo su deseo, el ataúd que encerraba sus restos mortales fué cobijado por la bandera tricolor, que por primera vez en cinco meses volvía a verse en Lorena, o sea desde la ocupación de la capital de Lorena por los alemanes.

»No sólo los heridos y enfermos le dieron su último adiós, sino que también la guarnición alemana le rindió los honores postreros y oficiales y soldados saludaron los restos de aquella muchacha valiente, esforzada, noble y generosa.

»Su hermano no había vuelto a ver a María Edmée, porque Pau no hay que decir que vivía. El joven no se avino al desarme del ejército francés cuando se internó en Suiza, y siguió opinando que debía continuar la lucha en tanto tuviese alientos para ello. Invitó a su compañía a que le siguiera para incorporarse al ejército francés que se encontraba en Dijon: ni un solo hombre se quedó atrás, porque todos los soldados idolatraban a su joven capitán, y le siguieron sin vacilar en las dificultades de la empresa. Padeciendo mil privaciones, manteniendo frecuentes combates y venciendo enormes dificultades, logró al cabo su objetivo.

»Después de la guerra, Pau, que había sido educado en la famosa escuela militar de Saint-Cyr, se dedicó a trabajar por la organización del ejército. Aún tuvo que volver a pisar los campos de combate, esta vez contra sus compatriotas, tomando parte como capitán en el regimiento de infantería número 135 en la sangrienta represión de la Commune. En 1881 tomó el mando del 23 de cazadores, en Limoges, y con este cuerpo sirvió tres años en Argelia; en 1893 fué coronel del 45 de infantería, en Laon; en 1897 general de brigada de la cuarta brigada de infantería,

en Soissons; luego general de la 14 división en Belfort, hasta que en 1907 se puso al frente del XX cuerpo de ejército en Nancy. Ha sido también largo tiempo gobernador militar de París y Ministro de la Guerra. Los políticos republicanos veían en cada general capaz y de talento un posible enemigo que convenía alejar, y por este motivo fué el general Pau relegado a una posición secundaria, como tildado de bonapartista. Sin embargo, nunca ha sido político, antes al contrario se mostró opuesto a que la política se infiltrara en el ejército. En los ardientes debates que promovió la ley del servicio de los tres años, apoyó con toda su energía y todo su entusiasmo el punto de vista del Gobierno. Durante las últimas grandes maniobras suizas figuró como jefe de la representación francesa y fué presentado al Kaiser, con quien conversó larga y amistosamente. Ahora se encuentran los dos en campaña como adversarios recíprocos.

»Hasta el momento presente, ha sido el más capaz de los generales franceses y nosotros hemos tenido que luchar contra él en los Vosgos y en Nancy. Se dice que pronto será llamado a un puesto de más relieve. El general manco no podrá contener el avance de nuestras tropas ni variar el curso de la guerra, pero en él hemos de ver un representante del viejo espíritu francés, el cual hace la guerra varonilmente, sin empañar su reputación con el empleo de balas dum-dum (explosivas), con los servicios de bandas de franco-tiradores, con contribuciones de guerra injustas y caprichosas, con el ultraje a los heridos, sino que se conduce como caballero y guarda los respetos que se deben a todo adversario.»

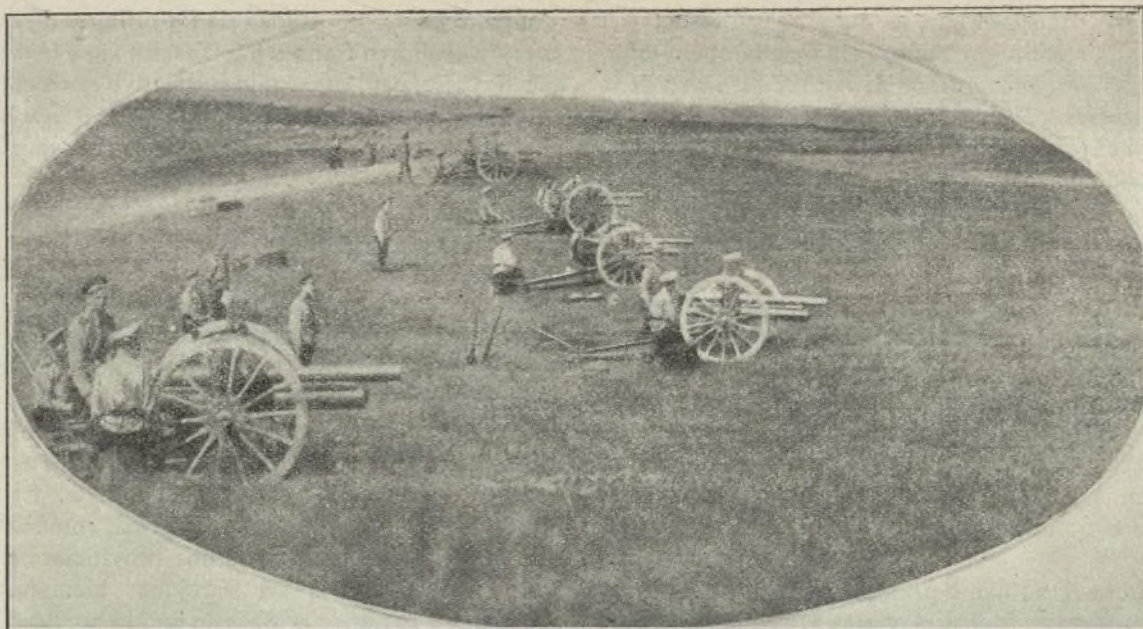
LAS BATALLAS DE KRASNIK Y ZAMOSC

por el Dr. Kurt Floericke

Tan popular era la guerra en Francia contra Alemania, para tomar el desquite de la pasada derrota, que se había previsto y preparado de largo tiempo atrás, pero, a pesar de todo, el pueblo no corrió a las banderas lleno de entusiasmo, sino con una mezcla de sentimientos, en los que imperaba el deber. La ruptura de las hostilidades fué algo prematura e imprevista, de suerte que el ministro de Hacienda tuvo el presentimiento de que enseguida sería menester acudir al arbitrio de fondos para hacer frente a atenciones no tenidas en cuenta. El aliado británico se mantenía en sus islas seguro y casi inatacable, y no se esperaba que Alemania incurriera en la candidez de enterrar sus ejércitos en los desiertos de Rusia. Confiaban ciertamente que los alemanes enviarían gruesas masas al sagrado suelo de Francia para buscar la batalla decisiva. Los dos adversarios lucharían tenazmente, y darían tiempo a que las lanzas de los cosacos se presentaran ante las puertas de Berlín. Esto no podía tardar en suceder, porque los innumerables ejércitos rusos habrían de ser como un monstruoso rodillo de vapor, que aplastaría y reduciría a polvo a todas las tropas que se le opusieran, y como por el N. sería Alemania derrotada por los rusos, y por el S. tendrían que llevar los austriacos grandes masas contra los serbios y montenegrinos, no cabía duda sobre el resultado de la guerra. Una vez los rusos ante Berlín, atacarían los franceses y la guerra

quedaría terminada. Y entonces habría llegado el momento de ver la utilidad de los millares de millones que el ahorro francés había facilitado a los rusos, año tras año, para conseguir el objetivo nacional. En esta sangrienta campaña fundaban los franceses las más seguras esperanzas de libertar su patria. Todo dependía, como se ve, de que los rusos llegaran a Berlín, que caería como fruta madura que se desprende del árbol por sí misma.

Para los rusos, el camino más directo a Berlín es por Varsovia, Lodz y Krotoschin hasta el Oder, pero resultaba bastante expuesto, por una parte por la inseguridad de los sentimientos y actitud de los polacos, y por otra porque por el N. la Prusia oriental y la occidental, y por el S. la Galizia, flanquean aquel camino y lo amenazan, corriendo el invasor el peligro de ser cortado y destruido en detalle. El gran duque Nicolás, que lo comprendió así, comenzó por tratar de conquistar aquellas dos provincias de Alemania, derrotando a las fracciones alemanas allí existentes y abriéndose de este modo un tranquilo camino a Berlín. Este objetivo fracasó completamente en la Prusia oriental por la derrota que el general Hindenburg infligió al enemigo. En el teatro del S. los bravos austriacos, mandados por el archiduque Federico, tuvieron que llevar a cabo una misión muy difícil, consistente en atraer a la masa principal de los rusos para contenerla y dar tiempo a que las batallas en Francia tomaran un sesgo abiertamente favorable y fuese innecesario llevar el grueso del ejército alemán hacia el E. La superioridad de los rusos apareció desde los primeros momentos tan grande, que fué necesario valerse de casi todas las fuerzas disponibles para contener al enemigo, prescindiendo de los serbios, cuya petulancia y habilidad para la intriga política son conocidas de todo el mundo. Como los hechos demostraron, la resolución del general Conrado von Hoetzendorf fué acertada, a pesar de que había ya rechazado a las tropas serbias más allá del Drina; para abrir la campaña contra Rusia retiró las tropas de aquel sector, dejando solamente cuerpos de observación y vigilancia en las fronteras de Serbia y Montenegro. Con excepción de estos pocos cuerpos, todos los demás marcharon a Galizia, apoyándose en la fuerte plaza de Przemyśl, y, lo mismo que en el caso de Alemania, todos acudieron con igual entusiasmo al llamamiento de su anciano emperador: croatas y húngaros, tchecos y alemanes, polacos y rutenos. Para oponerse a los rusos con probabilidades de triunfar, evacuaron toda la Galizia oriental, y reunieron sus fuerzas disponiéndolas en un vasto arco de círculo, ocultando las masas de los ejércitos con un cordón de caballería. Los cosacos se habían adelantado, y, lo mismo que en la Prusia oriental, su paso, ciertamente no indicador de victorias, se señalaba por los incendios de los pueblos. A mediados de agosto, se libraron a lo largo de la frontera frecuentes combates de avanzadas, en los cuales demostraron las tropas austro-húngaras sus excelentes cualidades. Los ágiles húsares húngaros y los excelentes tiradores de las tropas alpinas, lo mismo que los demás soldados, pusieron de manifiesto una vez más que el ejército austro-húngaro posee el mejor soldado del mundo. Al principio no pudieron luchar ventajosamente los húsares contra los cosacos armados con largas lanzas, sobre todo cuando éstos

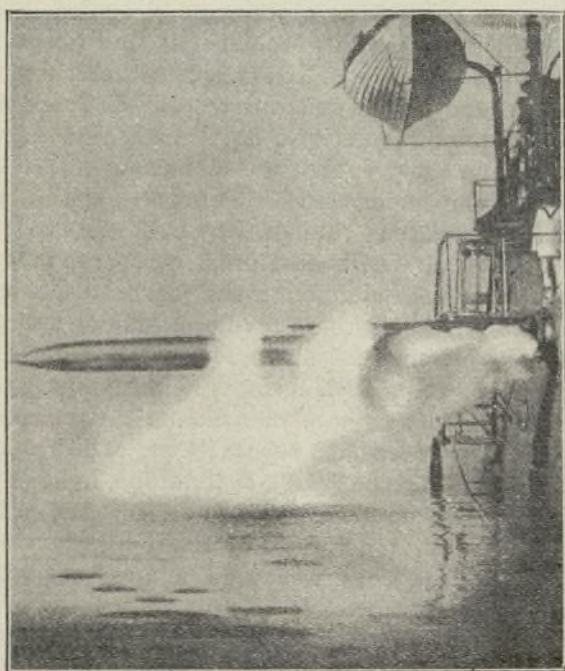


Artillería rusa de campaña en los campos de Polonia del S.

atacaban en su conocida formación de línea doble, pero pronto descubrieron el mejor medio de compensar esta inferioridad, abriendo su línea al atacar y cayendo de flanco sobre los cosacos, sable en mano. Muchos episodios podrían relatarse de las gloriosas proezas realizadas por los húsares en estos primeros días de la guerra.

Varias veces se repitió el caso de incorporarse a su cuerpo un húsar caído prisionero, y que se escapó montando en un caballo cosaco del que pudo apoderarse; que un destacamento de landwehr rechazara por un fuego a discreción la carga de una sotnia de cosacos, y que montando los caballos sin jinete dispersara a una segunda sotnia que se adelantaba también al ataque. No tardaron en aprender todas las

astucias de los cosacos, por ejemplo, soltar sus bien amaestrados caballos en un bosque, y subirse ellos a los árboles para disparar desde allí sobre seguro. Los cazadores de la Stiria desplegaron una extraordinaria serenidad y su certero fuego derribó de sus monturas a muchos cosacos asiáticos. El capitán Gebauer fué herido en un combate en el pueblo de Kamionka Strumina, y con 13 soldados de la landwehr y unos cien del tren se defendió contra fuerzas muy superiores, hasta que llegaron tropas de socorro que pusieron en fuga al atacante. El general ruso Wanoski, hijo de un antiguo ministro de la guerra, cayó gravemente herido en manos de los austriacos y falleció en el hospital de Lemberg, legando al morir una parte de su fortuna a la cruz roja austriaca.



El torpedo en el momento de salir del tubo lanzatorpedos



General von Makensen, comandante del ejército alemán del N. en Polonia



Guerrillas rusas, en fuego

A pesar de todos estos pequeños combates victoriosos, la situación se iba haciendo cada vez más grave, porque era indudable que, lo mismo aquí que en la Prusia oriental, aumentaba sin cesar el número de los invasores y la superioridad numérica de los rusos adquiría caracteres más temibles de día en día. No tardó en comprenderse que los rusos habían ya movilizado en tiempo de paz y hecho adelantar hacia la frontera columnas importantes antes de la declaración de guerra. Entre los prisioneros hechos a fin de agosto figuraban algunos tunguses y otros soldados del Asia oriental, lo cual denotaba que las tropas asiáticas habían sido llamadas mucho antes de estallar la guerra. Pronto se supo también que los rusos estaban iniciando un ataque envolvente en dos direcciones contra Galizia, mandada la masa del N. por el general von Plehve, hermano del ministro del Interior asesinado en 1904, con tropas del distrito militar de Moscú, sobre Lublin y Cholm, y otro

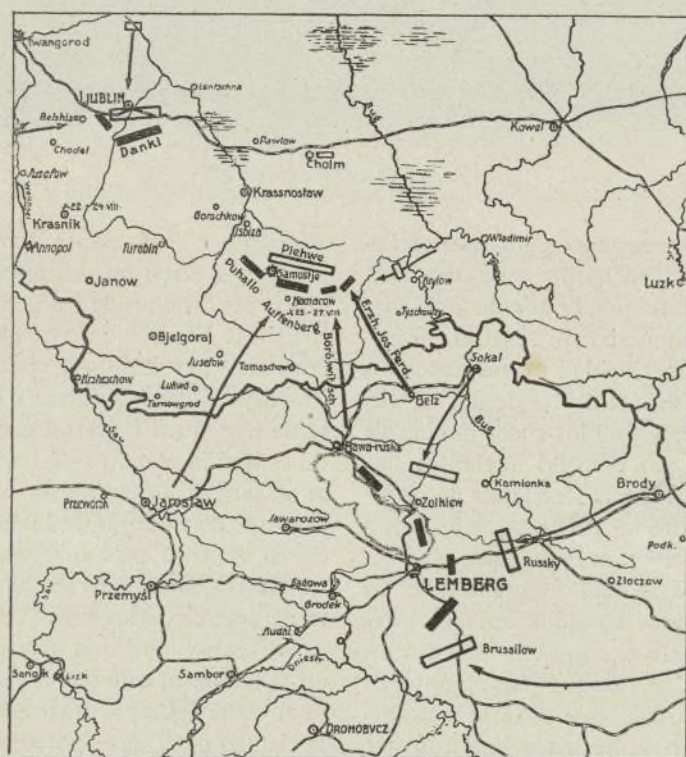
ejército por el E., sobre Rovno y Winnitza, con tropas de los distritos militares de Kiev, Odessa y Kasán, a las órdenes de los generales Ivanov, Ruszki y Brusilov. Era evidente que ambos ejércitos pensaban concurrir en Lemberg para marchar luego sobre Przemysl o bien dirigirse a la alta Silesia y apoderarse de Breslau. El cuartel general austriaco, con todo, no esperó la ofensiva de los rusos, sino que dispuso se atacara el ala izquierda del enemigo, formada por el grupo de ejércitos de Lublin, para detener su avance. El ala izquierda austriaca, mandada por el general Dankl, se encontraba al principio del movimiento de avance de los rusos, en la línea Cracovia-Tarnov-Rzeszov, con una parte algo adelantada al NO. en la frontera, que había ya luchado victoriosamente el 15 de agosto y amenazaba con su ala occidental la ciudad de Kielce; por retaguardia se daba la mano con la alta Silesia, a donde iban aproximándose los refuerzos alemanes. Un reconocimiento aéreo dió a



Una guerrilla alemana al N de Soissons

conocer que los rusos habían avanzado en dirección a la orilla izquierda del Vístula, que abandonó voluntariamente un cuerpo de polacos, por lo cual el general Dankl dispuso que su ala occidental se moviera todavía más al O. y se apoyara en el Vístula, trabándose duros combates cerca de Josefow, el 27 de agosto, y avanzando enseguida sobre Lublin. Con su centro y su ala oriental, el general pasó a la orilla derecha del Vístula, cruzando el San y el Tanev, alcanzando el 22 de agosto la línea Krasnik-Gorai y rechazando a dos cuerpos de ejército rusos, que fueron reforzados más tarde por otros dos. Entonces se desarrolló la sangrienta batalla de Krasnik, que duró tres días y terminó con la completa victoria de los austriacos, permitiéndoles adelantar en el espacio

porque los rusos, que retrocedieron rápidamente sobre Lublin, combatieron con gran valor. La superioridad en el mando, el espíritu de la ofensiva inculcado en las tropas y lo excelente del tiro de la artillería, la cual no vaciló en acercarse a corta distancia del adversario, fueron las causas generadoras del éxito. El 25 y 26 de agosto hubo una pausa en el combate, pero el 27 los austriacos avanzaron 30 kilómetros hasta cerca de Nidrviza, donde los rusos habían preparado una fuerte posición defensiva a la cual afluyán grandes refuerzos llegados por ferrocarril. En los siguientes días los progresos fueron escasos, porque Dankl esperaba la llegada de su ala occidental, que se encontraba en el Vístula, entre Josefow e Ivangorod, así como el avance correspondiente del



Situación de los beligerantes el 31 de agosto

existente entre el Vístula y el Vyeptz, al S. de Lublin, y completando el despliegue sangriento del ejército austro-húngaro, fuerte de unos 560,000 hombres, 40,000 ginetes, 2,000 cañones y 1,500 ametralladoras, en un frente de unos 400 kilómetros. Los combates que tuvieron lugar entonces recuerdan los acontecimientos de Mukden, así como lo sucedido en las líneas del Aisne, porque la lucha se fué propagando a toda la línea, de la misma manera que corre el fuego por un reguero de pólvora. En la batalla de Krasnik hicieron los austriacos 3,000 prisioneros y cogieron tres banderas y veinte cañones, y fué un buen principio que libró a Galizia del mortal abrazo con que le amenazaba el coloso ruso; demostró también que las tropas de la doble monarquía no habían permanecido ociosas en tiempo de paz, que ya no eran aquellos los desgraciados tiempos de Koniggratz, y que el alma del príncipe Eugenio, de Laudon y de Radetzki volvía a palpar en las gloriosas banderas negras y amarillas.

La capacidad de Dankl y las cualidades de sus tropas fueron más de alabar, porque tuvieron que afrontar los estorbos de un terreno muy difícil y

ejército oriental, mandado por el general Auffenberg. Por otra parte, los rusos se habían atrincherado muy bien, y los ataques tenían que hacerse poco a poco, a pesar de que las tropas de Dankl se mostraban incansables y muy valientes; el resultado fué que en aquellos días se ganaron unos pocos kilómetros. El general von Plehve despachó sus cosacos a requisar el país, y reconcentró algunos millares de campesinos, a los que obligó a excavar líneas de trincheras a retaguardia del frente ocupado por las tropas. El 1.º de septiembre, el ejército de Dankl se encontraba inmediatamente delante de la plaza de Lublin, fuertemente defendida con obras de campaña, formando una línea en arco de herradura a su alrededor. Si hubiera sido posible en aquella ocasión emprender un enérgico ataque a viva fuerza, es casi seguro que la derrota completa de los rusos tuviera allí lugar y que los restos del ejército enemigo se acabaran de perder en las pantanosas llanuras del Vyeptz. Varias causas se opusieron a esta decisión del mando: la proximidad de la fortaleza de Ivangorod, la llegada, ya anunciada, de copiosos refuerzos rusos, y sobre todo el cansancio en que se encontra-

ban las tropas austriacas a consecuencia de un combate de diez días y de las largas marchas efectuadas en aquel espacio de tiempo. El general Dankl se limitó a mantenerse en actitud expectante delante de Lublin y sobrevino una nueva pausa en la lucha.

Más decisivos que los de Dankl fueron los éxitos obtenidos en el centro de la línea austro-húngara, delante de Jaroslav, por el general Auffenberg, antiguo ministro de la Guerra, creador del servicio de aeronáutica y confidente del archiduque Francisco Fernando, asesinado en Sarajevo. Este ejército avanzó sobre el Vyeprtz y el Bug contra las columnas enemigas que saliendo de Brest-Litovski marcharon a la región de Cholzamosc-Onorovov-Krilov, que se conoce por el nombre de batalla de Zamosc y que terminó con la victoria completa de los austriacos, gracias a la conquista por asalto de la llave de la posición, Komarov. Ya durante su avance había tenido

cuerpos de ejército fueron puestos en completa dispersión y arrojados sobre el Bug, perdiendo la tercera parte de su artillería. El éxito se debió principalmente al ataque envolvente emprendido por los austriacos: por el O. el cuerpo de Puhallo tomó por asalto las posiciones rusas de aquel sector: por el E., el 28 llegaron los soldados de la alta Hungría, mandados por Borowitsch, desde la dirección de Rava-Ruska; y el 29 se presentaron también los austriacos alemanes, a las órdenes del archiduque José Fernando, por el camino de Balz. En vano se esforzó el general von Plehve en romper el centro de esta línea austriaca. Las posiciones tomadas por el archiduque el día 30 amenazaron la línea de retirada de los rusos, y estos tuvieron que ceder el terreno y retroceder a toda prisa detrás del Bug. Pero la llegada de tropas rusas de refresco, a las inmediaciones de Krylov, las cuales fueron enviadas contra el centro de



Vista de Lemberg

que vencer el general Auffenberg inmensas dificultades en aquel país de desiertos tristísimos, sólo matizados de vez en cuando por bosques de abetos, mimbres, cañaverales y pantanos, y en los que las miserables casucas de madera de los escasos y pobres pueblos que allí se encuentran apenas ofrecen ningún recurso. Los caminos se hallaban en deplorable estado, y como el terreno era blando y arcilloso, las lluvias lo habían puesto resbaladizo y fangoso, permitiendo apenas sentar firmemente el pie. Hubo necesidad de enganchar diez caballos a cada cañón, y a menudo se tuvo que recurrir a poner zapatas debajo de las ruedas. Con análogas dificultades tuvieron que luchar los rusos, siendo todavía peor su situación porque a sus espaldas se encontraban los terrenos cenagosos de la Polieslie, por donde corren lentamente las amarillas aguas del Pripet y en los que se encuentran inmensos bosque de alisos, sin apenas señales de vida humana. Pero todas estas dificultades habían de hacer más decisivo el éxito de los austriacos, una vez logrado, porque la derrota de los rusos tendría que revestir los caracteres de un desastre. Conociendo la mala situación en que se encontraban, los rusos se resistieron con gran tenacidad y se batieron con el valor de la desesperación, de modo que los austriacos tuvieron que desplegar todas sus energías y combatir mientras les quedaron alientos para atacar. La magnitud de la derrota rusa se comprenderá al saber que el vencido perdió 50,000 prisioneros y 200 cañones. Cuatro o cinco

Auftenberg, así como la actitud hostil tomada por los pueblos rutenos, lo desfavorable del terreno y el extremado grado de fatiga en que se encontraban los hombres y caballos, impusieron una pausa en la persecución, y la batalla no tuvo para los rusos el resultado totalmente desastroso que cabía esperar. Además los rusos habían puesto en estado de defensa los pueblos de la comarca y armado a los habitantes, y a estos obstáculos tenían que agregarse los bosques impenetrables y las extensas y abundantes tierras cenagosas. No perdonaron medio los rusos para dificultar la persecución: los habitantes del país recurrieron a mil estratagemas para facilitar el tiro de la artillería rusa y hacer señales a su ejército, tales como encender hogueras y valerse de linternas durante la noche, mover espejos, llevar ganados de un punto a otro, fingir procesiones, etc.

El tiro de la artillería rusa fué excelente y esta arma sobresalió entre todas. Una batería austriaca que se dirigía a tomar posiciones para abrir el fuego, quedó batida por la artillería enemiga, y antes de que hubiera tiempo para desenganchar los avantrenes fué totalmente aniquilada. Verdadera fortuna fué que muchas granadas no estallaran, pero esto se debió a que el terreno estaba reblandecido y húmedo, y no a que la carga de los proyectiles fuera de arena, en lugar de pólvora rompedora, como llegó a decirse. Tampoco es cierto que los prisioneros rusos fueran andrajosos y padecieran hambre, porque la verdad es que estaban bien vestidos, muy bien cal-

zados y todos tenían abundantes conservas de excelente calidad. El menosprecio y las burlas de que fueron objeto los rusos por parte de la prensa en aquellos días, sólo conducirían a rebajar el mérito de las tropas austriacas que los derrotaron. Estas dos grandes batallas demostraron cumplidamente que la eficacia militar del ejército ruso había mejorado extraordinariamente en los últimos años. Ha de reconocerse que la infantería rusa, abrigada en las trincheras, sólo rara vez aguantó a pie firme los ataques a la bayoneta que emprendían los austriacos lanzando estentóreos hurras, y que el infante tiraba mal, en general, alto y sin apuntar, hasta el punto que solían tener más bajas las reservas alejadas del fuego que las columnas de ataque. En los combates de caballería los rusos fueron casi siempre derrotados, aun en las ocasiones en que tenían la superioridad numérica. La artillería austriaca confirmó su antigua reputación, y gracias a su excelente tiro y a la rapidez con que corregía la distancia limpiaba de enemigos todo el terreno de ataque; su fuego fué completamente eficaz. Testigos presenciales han referido que en Komarov los rusos trataron de salir repetidamente de sus trincheras para lanzarse al ataque, pero fueron repelidos, dejando en el campo verdaderos montones de cadáveres. En una ocasión, 50 piezas de artillería austriaca avanzaron al galope hasta la misma línea de guerrillas y desde allí rompieron el fuego, obligando a salir de sus trincheras y huir hacia las alturas de retaguardia a los rusos.

Pero donde más brilló la capacidad combatiente y el buen espíritu del ejército austro-húngaro, fué en los pequeños combates. Los soldados de una columna de automóviles defendieron largas horas una cabeza de puente contra los ataques de una tropa de caballería enemiga mucho más fuerte, hasta que finalmente la obligaron a retroceder. Otro destacamento se apoderó de las oficinas de campaña del 19º cuerpo de ejército ruso, cogiendo documentos importantes. Un regimiento de drágones, que había perdido la mitad de sus caballos por el fuego enemigo, echó pie a tierra y asaltó la posición enemiga, apoderándose de ella y cogiendo muchos prisioneros. El nombre de un simple soldado de infantería, Julio Reif, fué tema de las conversaciones en Viena durante muchos días. Este soldado, perteneciente a la landwehr, es un caso que demuestra de lo que es capaz una vigorosa personalidad, aunque se encuentre en las filas más humildes del ejército. En uno de los ataques, Reif se adelantó a su tropa, arrancó los postes que los rusos habían puesto para conocer las distancias de tiro, y se volvió hacia su unidad; todos los oficiales estaban fuera de combate y el landwehriano se puso entonces al frente de la columna y la llevó brillantemente al ataque.

Sobre el campo de batalla fué ascendido a cabo. Al siguiente día, mandando una sección, completó su gloria apoderándose de cuatro ametralladoras.

(De *Der Krieg*).

UN EPISODIO DE LA EVACUACIÓN DE AMBERES

Un soldado belga que perteneció a la guarnición de Amberes, relata en los siguientes términos las peripecias que precedieron a su captura por los alemanes:

«La retirada comenzó por la noche. Con disgusto dejamos las trincheras, y descorazonados, retrocedimos hacia la segunda línea de defensa. Pudimos ver, porque la noche era muy clara, que marchábamos en dirección opuesta a la de varios destacamentos ingleses, que saludamos cordialmente. Habíamos cruzado el Escalda dos días antes, y como nuestro regimiento debía formar la retaguardia en la retirada, las tropas pasaban junto a nosotros noche y día, así como millares de refugiados. Esta escena adquiría más triste relieve por la luz que procedía de los depósitos de petróleo en llamas. A lo lejos se oía el ruido del cañón. De vez en cuando pasaban automóviles ingleses y carretas llenas de heridos; en una de ellas ví un marinero inglés al que sólo le quedaba la mitad de la cara; sostenía un cigarrillo entre los dientes que le quedaban y agitaba su sombrero provocando los vivas de los demás. Este incidente me conmovió profundamente y me infundió nuevo valor. Si no hubiera sido soldado, me habría avergonzado de no pelear al lado de estos valientes. Acampamos en San Nicolás.

»Me puse en marcha con un camarada valón y un amigo de Lovaina, y al llegar la tarde entramos en Saint-Gilles. Al principio pensábamos dirigirnos a Ostende y continuar hasta la frontera, pero ya era de noche; no teníamos mapa de la comarca, y tuvimos miedo de quedarnos a este lado de la frontera y ser cortados por el enemigo, por lo que decidimos subir al tren. Al entrar en la estación, vimos allí soldados ingleses, tumbados en el suelo, en silencio o hablando en voz baja. Los oficiales ingleses preguntaron al jefe de estación qué había acontecido aquella tarde, pero no sacaron nada en claro. También había unos 50 soldados belgas, los cuales como medida de precaución tuvieron que enseñar a los oficiales ingleses sus documentos de identidad. Se nos dió orden de no hacer fuego a menos de ser directamente atacados. El tren se dispuso a partir con dos máquinas en cabeza y un gran número de coches y vagones de mercancías, repletos de refugiados y soldados, tanto belgas como ingleses; grupos de hombres en las máquinas, entre los coches, sobre los techos, en todas partes.

»Entonces presencié una escena característica del ejército inglés. Un oficial silbó y, con perfecto silencio, los soldados se acomodaron en el tren, cosa bastante difícil. Unos 30 de nosotros, ingleses y belgas, conseguimos encaramarnos al techo de un vagón. Sin luces, el tren se puso en marcha silenciosa y lentamente. Varios de los belgas no habían tenido un minuto de descanso en los últimos cuatro días. Uno de ellos, hombre robusto y corpulento, se había tendido y roncaba a pierna suelta, dándonos envidia. La conversación no era muy animada, pero todos acariciábamos nuestros fusiles. De pronto el tren fué atacado por los dos lados. El tren aumentó su velocidad y el tiroteo se hizo más nutrido. Del interior de los coches no se escapaba ningún ruido, salvo de vez en cuando el lamento de algún herido. Oíamos las voces de mando de los oficiales alemanes, que al parecer se encontraban a la cabeza del tren. Este se detuvo, y supimos que las máquinas habían sufrido desperfectos. Unos pasos más, y el tren se paró definitivamente. El fuego continuaba, pero en la obscuridad de la noche no veíamos al enemigo;

unicamente se adivinaba un ribazo a nuestra derecha. A despecho de las órdenes recibidas, disparamos nuestros fusiles; comprendimos que las máquinas trataban de reanudar la marcha; unos pocos movimientos más y de nuevo nos detuvimos. El cañón retumbaba ya.

»Mi compañero valón ocultó la cara entre sus manos; puse algo sobre él para protegerle de las balas. Esto hizo sonreír a un joven inglés; su sangre fría era admirable. No parecía turbarse tampoco el mocetón que seguía durmiendo; apenas se dignó entreabrir los ojos y murmuró: «No me molesteis». El soldado inglés con quien acababa de hablar, cayó pesada-

mente sobre mí. El valón me dijo que apartase mi cantimplora, porque se derramaba el café; lo que él suponía café era la sangre del pobre inglés. Traté de ver sus heridas, pero me cogió la mano y dijo: Me muero, adiós... Quise vengarle; cogí mi fusil y traté de sondear la obscuridad. A cierta distancia se veía una casa, a unos 40 metros de donde terminaba el ribazo, y la sombra de un prusiano se destacaba sobre las paredes. Disparé dos tiros y el prusiano cayó a tierra. Los oficiales ingleses estaban parlamentando con los alemanes y les dijeron que, por consideración a los refugiados y a las mujeres y niños, cuyas vidas no querían arriesgar, nos rendíamos todos.»

CRÓNICA MILITAR

I. La acción de Rusia.—II. Operaciones navales.—III. Influencia del factor británico en la campaña de Francia.—IV. La situación el 31 de diciembre de 1914

I.—La acción de Rusia

A pesar de su prematura movilización y de sus inmensas fuerzas militares, Rusia no ha podido aún realizar ningún objetivo de importancia: la primera tentativa de invasión de la Prusia oriental terminó tan desastrosamente que no se ha repetido de un modo formal; el paso de los Cárpatos, fracasado en septiembre, ha sido intentado de nuevo, pero sin aquella energía y resolución indispensables, lo cual se explica por no estar aún asegurada, ni mucho menos, la posesión de la Galizia; es verdad que en parte dicha provincia y la Bukovina han sido dominadas por los rusos, pero las dos únicas plazas fuertes que allí hay, Przemysl y Cracovia, continúan en poder de los austriacos, y por consiguiente no disponen los rusos de ningún punto de apoyo fuerte por sí mismo en aquella región; y en Polonia, lejos de avanzar hacia Silesia y Posnania, han tenido que retroceder sufriendo varias derrotas de consideración y obligando al gran cuartel general a echar mano de casi los últimos recursos militares aún disponibles.

Pero de que la fortuna no haya acompañado a los rusos, salvo en la Galizia oriental, no ha de deducirse que su acción sea tan despreciable como podría creerse si se diera crédito a lo que de ellos dice la prensa franco-inglesa. Se confiaba demasiado en el rodillo de vapor y el desengaño ha sido excesivo. Los rusos han hecho todo lo que han podido, y ciertamente no es de ellos la culpa si la campaña en Francia y Flandes no se ha resuelto a gusto de los aliados. Gracias a la acción militar de Rusia, Alemania tuvo que retirar en septiembre parte del ejército que tenía en Francia y desde entonces se ha limitado a mantenerse en actitud defensiva en el teatro occidental. Aproximadamente, sólo la tercera parte del ejército alemán se encuentra frente a los franceses e ingleses, estando la mitad en Rusia y el resto en reserva. No incluyo en el ejército los contingentes de voluntarios y el reemplazo de 1915, que aún no se han incorporado, por no haber completado su instrucción militar. Es decir, que por la presión ejercida por los rusos en el frente oriental, ha cesado la que desarrollaban los alemanes en el frente occidental. En plena libertad se encuentran los generales

French y Joffre, desde el mes de septiembre, para emprender la ofensiva, toda vez que está conjurado desde entonces el peligro de que el invasor reanude su movimiento de avance, y además carece de fuerzas para intentar un golpe decisivo. Si en los cuatro meses transcurridos los aliados no han conseguido rechazar a los alemanes, no han de culpar de ello a los rusos, sino a sí mismos.

El ejército ruso que puede entrar en campaña no llega al doble del ejército franco-belga-inglés, y sin embargo han tenido que acudir a contener a los moskovitas casi todo el ejército austriaco y la mitad del alemán, quedando en Francia una masa que no llega a la mitad de la que los austro-alemanes tienen empuñada desde Prusia oriental a la Bukovina, lo cual quiere decir que Alemania ha considerado más temible a igualdad de efectivos a los rusos que a los aliados. Es claro que influye en ello la ventajosa situación ocupada por los alemanes en el teatro occidental, que les libra de todo peligro inmediato de ver invadidas sus fronteras, mientras que en el frente opuesto se encontraba el enemigo a las puertas mismas del territorio austro-alemán. Pero, de todos modos, los rusos han llenado ampliamente su papel, librando a Francia de una catástrofe que parecía inminente e irremediable a últimos de agosto.

Pretender que los rusos invadan la Silesia y abran el camino de Berlín es excesivo, toda vez que antes tendrían que pasar sobre casi la totalidad del ejército alemán, y en tal caso la guerra la resolvería Rusia por sí sola, sin que cupiera a Francia, Inglaterra y Bélgica otro papel que el de aguardar arma al brazo el desarrollo de los acontecimientos.

Los aliados han tenido cuatro meses de tiempo para servirse de su superioridad numérica sobre el invasor, y no los han aprovechado. La responsabilidad de lo que ocurra no recae sobre Rusia, que pese a sus derrotas ha vuelto una y otra vez a tomar la ofensiva y no ha vacilado jamás en enviar tropas y más tropas a los campos de batalla, sin pensar siquiera en ocupar una posición a retaguardia, de espera, que la haría tan invulnerable como la misma Inglaterra; ha puesto en la balanza todo lo que tenía, sin detenerse a meditar ni a preocuparse por las consecuencias. ¿Qué más se le puede exigir?

Si en otra ocasión puntualicé los inmensos servicios que el ejército austriaco viene prestando a Alemania, servicios que no han sido debidamente



Almirante lord Fisher, primer lord del Almirantazgo británico

apreciados a causa de que el éxito no ha acompañado a los esfuerzos de la doble monarquía, justo es ahora reconocer que Rusia ha hecho por la causa de los aliados todo lo que cabía esperar de ella, y acaso en su acción militar se ha conducido con un desprendimiento y un desinterés poco frecuentes, porque ha llegado a posponer sus intereses directos a los de sus aliados.

II. — Operaciones navales

El antiguo acorazado turco *Messudiéh* fué echado a pique en los Dardanelos por un submarino británico, que consiguió deslizarse por debajo de las cadenas y minas sumergidas que barreaban la entrada de aquel estrecho. Fué construído aquel acorazado en 1874, y reformado en 1901, y tenía 9,140 toneladas, montando dos cañones de 234 milímetros, doce de 152, catorce de 76, diez de 57 y dos de 47.

No cabe ya duda acerca de la destrucción del super-dreadnought británico *Audacious*, echado a pique por la explosión de un torpedo fondeado en la costa norte de Irlanda, a unas veinte millas de Long Swilly. Fué construído en 1913, desplazaba 27,000 toneladas, y estaba artillado con diez cañones de 340 milímetros, diciseis de 150 y otros varios menores, y tres tubos lanzatorpedos.

La pérdida de los dos acorazados *Bulwark* y *Audacious*, ha sido la mayor que ha sufrido Inglaterra desde que comenzó la guerra, porque como unidades de combate cada uno de ambos barcos equivalía y aun superaba a los tres cruceros acorazados del tipo *Aboukir*. Si el Almirantazgo se ha resistido a dar la noticia oficial de la pérdida del acorazado, ello se debe, más que al contratiempo en sí, por grave que sea, al deseo de no reconocer que los alemanes han minado las aguas occidentales de las islas británicas, según dije hace ya varios meses y los hechos han confirmado poco a poco, porque la declaración oficial de este peligro tendría como conse-

cuencia el encarecimiento de los seguros marítimos y el restringir el tráfico comercial.

Uno de los principales objetivos alemanes, en efecto, consiste en acordonar con líneas de torpedos las rutas marítimas de todo el litoral británico, lo mismo en el E. que en el O., que en el N. y el S., y acaso menos en el E. que en los otros frentes. La desembocadura del Támesis ha sido objeto preferente de esas tentativas de los alemanes, y allí mantienen los ingleses varios barcos exclusivamente dedicados a rastrear los torpedos y dejar expeditas las líneas de navegación.

Los ingleses, por su parte, han fondeado gran número de torpedos frente a las costas de Holanda, así como en los estrechos de Dinamarca y no lejos de las costas de Noruega.

Tantos peligros ocultos en el mar acaso producen en las escuadras beligerantes, a poco que se arriesguen lejos de sus bases, más bajas que una reñida batalla naval.

III. — Influencia del factor británico en la campaña de Francia

Emprendida la ofensiva de los aliados en el teatro occidental, los resultados obtenidos en los quince o más días transcurridos desde que se inició, no sólo no han correspondido a las esperanzas que algunos habían puesto en tales ataques, sino que no han llegado a modificar la situación tal como estaba a primeros de diciembre. No ha sido el avance una maniobra enérgica, realizada con fuerzas considerables concentradas en los puntos decisivos, revisitando, por el contrario, los caracteres de una tentativa general en toda la línea, ejecutada con timidez y atendiéndose más que a rechazar al enemigo a precaver una contra ofensiva de éste, que anulara las pequeñas ventajas que se pudieran ir obteniendo. Sólo en el sector de Flandes, donde están los belgas y la mayor porción del ejército británico, los ataques



Otto Stiefvater, uno de los pilotos alemanes que más se distinguieron, por lo que obtuvo el ascenso a teniente y la cruz de Hierro. Murió cerca de Yannovitz

han sido violentos y se ha notado el verdadero deseo de ganar terreno.

Desde que comenzaron las tremendas batallas en

Polonia, no fué un secreto para nadie, y menos para el generalísimo francés, que la masa principal de los alemanes se había reunido en la frontera rusa; aquella era la ocasión de ejecutar un esfuerzo vigoroso y decidido contra las líneas del invasor en Francia, pero se dejó transcurrir mucho tiempo y se permitió a los alemanes que reforzaran sus posiciones, prepararan otras de apoyo más a retaguardia y concluyeran de arreglar los caminos para el oportuno y rápido movimiento de las reservas. Poco a poco y en vista de que el avance ruso fracasó y terminó en derrota, se perdió la confianza en la acción de los moscovitas, y volvió a surgir el temor de que los alemanes, alejando por mucho tiempo la eventualidad de una nueva ofensiva de los rusos, volvieran de nuevo sus armas contra Francia y continuaran la campaña suspendida en los primeros días de septiembre. Es probable que a este pensamiento, así como a las excitaciones de Londres, respondiera el tardío ataque de los aliados.

Nadie puede pretender el conocimiento de los planes de los aliados, y me guardaré muy bien de afirmar que se proponían tal o cual cosa. Hecha esta salvedad y apoyándome sólo en los hechos, he de someter al juicio del lector algunas consideraciones que creo exactas.

El general Joffre ha demostrado que, cuando estima oportuna la ocasión, no le falta valor para ordenar un ataque con fuerzas de consideración: la invasión de Alsacia, las batallas de Lorena, la ofensiva en la línea del Sambre y Mosa, lo demuestran cumplidamente. En el Marne, a pesar de la tenaz resistencia del centro alemán, el generalísimo de los aliados no vaciló en mandar a la línea de fuego a todos los cuerpos disponibles, y luego en el Aisne continuó la ofensiva sin desmayos hasta que la resistencia alemana fué inquebrantable. Pero no son necesarios éstos recuerdos para patentizar que el general Joffre es capaz de resoluciones enérgicas, sin temor a la responsabilidad, porque más valor moral se necesita para ordenar una retirada en grande escala, como fué la ejecutada después de Charleroi, que para lanzarse al ataque. A pesar de estas dotes de mando, el comandante en jefe limita su acción, hace más de dos meses, a sostenerse en sus posiciones. A instigaciones del mariscal French, en octubre, procura envolver la derecha alemana, pero como inmediatamente se pone de manifiesto que esta maniobra no ha sorprendido al enemigo, que la ha previsto y se ha preparado contra ella, la detiene casi enseguida. De nuevo, quince días más tarde, repite la tentativa, con el mismo resultado. En los dos casos, no es un ataque a fondo el que emprende, sino un tanteo, que suspende así que se convence de que la continuación de la batalla le impondrá grandes sacrificios.

En la apariencia, por lo menos, el propósito del general Joffre es conservar su ejército, en el que se han fundido casi todos los recursos militares de Francia, y dar tiempo a que el enemigo se desangre y debilite, o, en el caso más afortunado, a que los rusos resuelvan la guerra en otro teatro. No puede menos de advertir que si para conquistar una simple trinchera han de hacerse esfuerzos sobrehumanos, para arrojar al enemigo de Francia y sobre todo para invadir Alemania se necesitará un ejército muy su-

perior al que dispone; no hay mejor partido que prolongar la guerra, y a este efecto es indispensable que el ejército francés conserve su capacidad combatiente y no padezca muchas bajas. Esta conducta será poco brillante, pero es la más conveniente y, por el momento, la única que puede conducir a un buen resultado. A ella ha ajustado su conducta el generalísimo, sin apartarse de su plan más que momentáneamente y como por condescendencia.

Abrazando en rápida ojeada lo acontecido en este teatro desde el principio de la guerra, se observa que los franceses comienzan atacando la extrema izquierda alemana, para acercarse al Rhin y amenazar las líneas de comunicaciones del adversario, maniobra indudablemente la más fecunda en resultados positivos si la hubiese acompañado el éxito. Después de los primeros descabros, y a pesar de que el ala izquierda de los aliados envuelve ligeramente a la derecha enemiga en los primeros días de septiembre, el general Joffre persiste en la tendencia de llevar la acción principal hacia el N. E. y no hacia el N. O. donde tal vez en aquellas circunstancias no había suficientes fuerzas alemanas para contener a los aliados. Ni éstos ni los alemanes parecen preocuparse de la costa del canal: los primeros, porque no les amenaza por allí ningún peligro: los segundos, porque están ocupados en el sitio de Amberes y su propósito evidente, que los hechos han confirmado, es adueñarse de la costa belga. Pero cuando capitula Amberes la situación cambia por completo: ya no se concede, apenas, importancia a la región del E., y todos los esfuerzos de los aliados se reconcentran en Flandes, obligando a los alemanes a llevar fuerzas considerables en aquella dirección. La prensa británica se encarga de explicar los móviles de este cambio de actitud.

Se creía unánimemente que Amberes, cuya guarnición había sido reforzada por dos brigadas inglesas y muchas piezas de gran calibre de la misma procedencia, resistiría largo tiempo, y mientras se mantuviera en poder de los belgas no era posible que los alemanes pudieran llegar y sostenerse en la costa belga del canal. Pero la caída de la plaza permite al invasor mover sus tropas hacia el E., llegar al mar, establecerse delante de Inglaterra, y a partir de este momento la atención de los ingleses se fija exclusivamente sobre aquella porción del tablero estratégico y relega a segundo término todo el resto del frente. Las tropas británicas y belgas luchan encarnizadamente procurando reconquistar lo que no quisieron o pudieron defender cuando aún los alemanes estaban lejos, llaman en su apoyo a varios cuerpos franceses, y en Flandes se desarrolla una lucha cruenta que sólo termina cuando el atacante -los aliados- queda extenuado. Pero el descanso dura poco, porque a pretexto de que conviene ayudar a la acción rusa, se renueva la ofensiva, dándole mayor intensidad junto a la costa.

Se puede concluir, por consiguiente, que los ataques de los aliados en los últimos días se han emprendido contra el convencimiento y aun contra el consejo del general Joffre, y han obedecido a la presión de los ingleses, atentos a su particular punto de vista: mantener su dominio sobre el canal.

Poseyendo los franceses una formidable línea de plazas fortificadas en el E. y afluyendo hacia allá una

completa y magnífica red de vías férreas, en este sector se encuentra el punto natural de ataque y el más peligroso para el enemigo, mientras que en el extremo opuesto una derrota alemana no tendría graves consecuencias, pues lo más que podría ocurrir es que se tuviera que evacuar parte del territorio belga, pero sin que el alemán quedase expuesto a los golpes del vencedor.

La importancia de Flandes descansa únicamente en la posibilidad de que desde sus costas sea más fácil atacar el litoral británico y cerrar el paso por el canal, esto es, molestar y quebrantar a Inglaterra, mientras que desde el punto de vista francés lo interesante es lo que acontezca en el N. E.

Las conveniencias de los dos aliados están en oposición, y desde el punto de vista estratégico hay que reconocer que es más acertado y práctico ganar una batalla en el N. E. que rechazar a los alemanes de Flandes. Pero en el concepto político ha predominado el criterio inglés y la campaña se ha descentrado, con gran satisfacción, seguramente, de los alemanes.

A mi juicio estas deducciones son claras, porque, lo repito, no hay más que recapacitar sobre los hechos para convencerse de lo que digo. Cuando la suerte de las naciones se confía a las armas, no han de predominar otras razones que las exclusivamente militares, y en este concepto llevaba con más acierto la campaña el general Joffre hasta mediados de octubre, o sea mientras sólo tuvo que atender a su propio consejo, que posteriormente, al aparecer la influencia del factor británico. Siempre las alianzas han flaqueado por lo mismo: la contraposición de los intereses de los aliados.

Estas observaciones realzan el mérito y la abnegación de los austriacos, que han pospuesto sus particulares miras a la conveniencia general. Si en la primera fase de la guerra los austriacos operaron por su cuenta y quisieron conducir paralelamente las dos ofensivas, contra Rusia y contra Serbia, después se han allanado a evacuar casi toda la Galizia y la Bukovina y a someterse al mando único del general Hindenburg; han prescindido de sí mismos y de buen grado han puesto todas sus fuerzas al servicio de la causa común, resignándose a ser expulsados de Serbia y a ver invadidos extensos y hermosos territorios de la doble monarquía.

IV.—La situación el 31 de diciembre de 1914

Pocos cambios ha sufrido la situación militar en los últimos días. Continúan los combates en Francia, aumentando la actividad de los aliados en Flandes, mientras que los alemanes parecen acumular fuerzas en el sector de Roye, o sea en el vértice del ángulo que forma el frente de batalla. Se pelea encarnizadamente en los Argonas y en Alsacia, aunque con

pocas tropas en este último lugar. Las ventajas de los aliados, si efectivamente han obtenido algunas, son tan insignificantes, que se necesitaría un mapa en grande escala para poderlas apreciar. En cambio, como para los ataques han de salir de sus trincheras, los alemanes vuelven a dar cuenta de la captura de prisioneros, cosa que no ocurría durante los meses de noviembre y gran parte de diciembre.

En el teatro oriental no ha habido combates en la frontera de Prusia oriental. En el sector de Mlava, los alemanes se mantienen dentro del territorio ruso y han avanzado algo. En Polonia, el atacante ha conseguido forzar en un punto la línea del Bzura, y por Ilovodz ha acentuado el movimiento de penetración o envolvente, pero no se ha llegado a ningún éxito decisivo. Desde el 11 de noviembre al 30 de diciembre, y como resultado de las cinco batallas de Polonia, los alemanes han hecho 136,000 prisioneros y han cogido más de 100 cañones y 200 ametralladoras.

Lo más interesante es el esfuerzo que continúan haciendo los rusos para envolver por el S. a Cracovia, a pesar del peligro que les amenaza si son definitivamente derrotados en Polonia. Realmente, dada la situación en que les cogió la batalla de Lodz, no les quedaba otro camino que el insistir en su ofensiva en Galizia o retirarse en toda la línea, evacuando los territorios conquistados. El no interrumpir su ofensiva hace creer que han recibido refuerzos en el sector de Varsovia. En los Cárpatos la situación es muy confusa, aunque parece algo más favorable a los austriacos, acentuándose las ventajas que éstos van consiguiendo hace dos semanas.

Hay que esperar a que termine la campaña en Polonia para estudiar el conjunto de todos estos combates.

En las fronteras de Serbia-ninguno de los dos beligerantes ha intentado el menor ataque.

Tampoco tiene importancia lo que acontece en el Cáucaso, puesto que las ventajas obtenidas por los turcos son insignificantes.

Una tentativa de los ingleses para bombardear Cuxhaven, junto a las bases navales alemanas, y como respondiendo al ataque de la costa inglesa, no ha tenido resultado. La escuadrilla encargada de la misión recibió algunas averías en dos de sus barcos, y de los siete hidro-planos que la acompañaron, cuatro se perdieron por el tiro de la artillería alemana.

Un submarino francés se ha ido a pique frente a las costas austriacas.

Se conocen ya algunos detalles de la batalla de las islas Malvinas, que expondré más adelante.

JUAN AVILÉS

Teniente Coronel de Ingenieros

1.º de enero de 1915.